

DC203

NG7

v.2

t.4



FONDO HISTORICO  
RIGARDO COVARRUBIAS

156551

CAPITULO III.

LOS ALIADOS EN PARIS.—NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.—  
SU ABDICACION.—DESPEDIDA DE NAPOLEON.—SU VIAGE A  
LA ISLA DE ELBA.

EL 31 de marzo á medio dia , Alejandro y Federico-Guillermo , igualmente que el generalísimo Schwartzemberg , entraron en Paris. Despues de veinte y dos años de guerra , ocuparon á su turno , como triunfadores , la capital de su enemigo. Los Parisienses buscaban en vano á la cabeza de aquel gran séquito , al padre de la Emperatriz , al abuelo del rey de Roma , su ausencia les dice energicamente que la Francia es presa de la venganza , y que Paris no ha recibido dentro de sus muros sino á vencedores irritados. Francisco II se habia quedado en la Borgoña por la marcha de Napoleon sobre Fontainebleau. La casualidad sirvió desde luego felizmente al emperador de Austria , hallándose lejos de los sucesos que entregaban á los aliados la capital de su yerno. De



fue representada é interpretada. Preciso era asegurar el desenlace de aquella comedia política, que sus mismos autores han llamado despues jornada de engañados. *Al fin del consejo*, dice el historiador de la Restauracion, *dirigimos nuestros conatos á impedir el efecto de las reclamaciones que podrian intentar los negociadores, en nombre de Napoleon. Si no pudimos evitar su llegada, á lo menos se consiguió abreviar su permanencia y atenuar sus efectos. Desde el punto que salimos del consejo, trabajamos en asegurarnos de uno de los generales de mayor influencia. Pero aun cuando todas estas precauciones no hubiesen tenido el éxito que tuvieron, los tres personajes que conducian el negocio de la monarquía desde fines de 1813, se hallaban asegurados por los aliados. Los señores Talleyrand y Dalberg, dice el mismo autor, habian fijado su atencion de un modo mas positivo.... Habian llevado su prevision hasta ocuparse de nuestro porvenir, SI EL DESENLACE DE LOS ACONTECIMIENTOS LO HUBIERA COMPROMETIDO.*

Mientras tanto, se reconoció la necesidad de decir alguna cosa á la nacion en la declaracion, cuya improvisacion acababa de sumi-

nistrar el emperador Alejandro; esta es la razon porque este documento decia tambien: *Los soberanos aliados reconocerán y garantizarán la constitucion que se dé á sí misma la nacion francesa; en su consecuencia invitan al senado á que nombre un gobierno provisional, que pueda ocuparse de las necesidades de la administracion y preparar LA CONSTITUCION QUE PUEDA CONVENIR AL PUEBLO FRANCES!* Tambien quedaba todavía otra mision que encargar al senado, la de consultar al pueblo frances sobre *la dinastía que le conviniese*, y de abrir para este efecto unos registros en todas las capitales de departamento, y cabezas de partido, conformándose con el modo practicado para el advenimiento de Napoleon al consulado perpétuo y al imperio; cuyo acto de justicia y franqueza hubiera sido una noble demostracion de la sinceridad de los principios de la declaracion de Francfort, de la de Chatillon, y por último, de la reciente declaracion de los aliados en Paris, en la cual volvan á decir que querian que la Francia fuese libre, grande y dichosa! Empero, la opinion pública, que el mismo dia de la ocupacion de



la capital, no habia tenido ciertamente el tiempo necesario para reconocerse, acababa de ser sorprendida en una emboscada francesa y extranjera. Prisionera sin cartel, ni aun habia sido admitida á capitular; diéronla solamente un intérprete de oficio, como los tribunales nombran un defensor á un acusado sin esperanza; este intérprete era el senado, cuyo cuerpo habia dado pruebas de su complacencia y docilidad. Instrumento imperturbable de la voluntad de Napoleon, de quien habia recibido mil beneficios, no habia sabido adquirir, en el largo hábito de hacer servicios y recibir el premio de ellos, la generosidad que une con vínculos estrechos la fidelidad de los juramentos para con el príncipe abandonado de la fortuna. Convocado pues por Talleyrand, y presidido por este ministro en calidad de vice-grande elector del imperio, el senado suministró con urgencia para esta convocacion una memoria, la cual, en vista de una deliberacion resuelta de antemano, nombró un gobierno provisional, compuesto de Talleyrand, de Beurnonville, de Jaucourt, de Dalberg y del abate de Montesquiou. Los constituyentes se hallaron en ma-

yoría en el gobierno provisional, cuya circunstancia les inspiró la falsa esperanza de que se dejaron llevar; porque en honor de la verdad y suyo, debe creerse que soñaron entonces en la Francia de 1790. Bellart tomó á su cargo, ora fuese á impulso de instigadores elevados, ora excitado por recuerdos amargos de una ambicion fallida, proclamar, como presidente que era del consejo general del departamento del Sena, que la capital pedia el restablecimiento de la familia real; y efectivamente bien podia declarar por Paris, con el consejo general, lo mismo que tres Franceses habian hecho en presencia de los gefes de la coalicion por toda la Francia. Empero, no era este el deseo conocido de los soberanos aliados; porque solo habian especificado el destronamiento de Napoleon, *y la obra de una constitucion que conviniese á la Francia*. El proceso de Napoleon estaba perdido, pero el de la casa de Borbon no estaba ganado.

Al anochecer del 31, confiado el duque de Vicencio en las esperanzas que se le dieron la víspera en Bondy, obtenia la audiencia del emperador Alejandro y cumplia con su mision; pero el príncipe de Schwartzemberg, trasfor-



mado por sí mismo en ministro de la contrarrevolucion, habia mandado notificar al plenipotenciario de Napoleon, que solo se le toleraba en Paris como parlamentario. Y hasta llegaron á exigirle su palabra de honor que no obraria de modo alguno, ni con las autoridades ni con los individuos. Para decidir mejor la cuestion, se insertó en el *Monitor* del 2 de abril, la nota siguiente: «El duque de Vicen-

» cio se ha presentado cerca de los soberanos  
 » aliados, sin que haya podido lograr el ser  
 » oido, ni tener audiencia. Sus proposiciones  
 » no eran las que los aliados debian esperar,  
 » sobre todo despues de la manifestacion es-  
 » trepitosa de los habitantes de Paris y de toda  
 » la Francia.» El mismo dia, el senado que conocia el plan de los aliados, declaró:  
 » El destronamiento de Napoleon, aboliendo  
 » el derecho de herencia en su familia, y  
 » relevando al pueblo y al ejército del juramento de fidelidad que le habian prestado.» El dia siguiente, una gran minoría del cuerpo legislativo adhirió al senado-consulta. El tribunal supremo de justicia, ó séase de casacion, envió igualmente su adhesion; lo mismo sucedió respecto del tribunal de cuentas y del

tribunal imperial. Expidiéronse millares de ejemplares del senado-consulta á los departamentos, á los ejércitos franceses, á los ejércitos enemigos y á todos los cuerpos constituidos, para que se publicase simultáneamente. El primer secretario de Bonaparte, en otro tiempo su compañero de escuela de Brienne, llamado Bourrienne, se encargó de la direccion de correos el mismo dia de la entrada de los aliados, habiendo tenido que ausentarse el propietario La Valette por su seguridad; este director La Valette, era ayudante de campo de Napoleon y amigo suyo; de manera, que el correo se habia convertido en un poderoso agente de la traicion doméstica y de la ocupacion extranjera. Con todo, era repugnante para la moral pública de aquella época, el constituir un pais únicamente sobre la decepcion. Así es, que los soberanos aliados, los príncipes de la casa de Borbon, y el mismo gobierno provisional, aunque muy efímero, no podian mirar aquellas apostasías, los unos como una garantía suficiente de su triunfo, y los otros como una prenda segura de una fidelidad tan repentina, y por fin el último como una sancion de sus actos.



Efectivamente, es de la esencia de las cosas, y particularmente de las políticas, que el menor obstáculo basta para detenerlas en su marcha precipitada. Prevenido el duque de Vicencio por la comision clandestina de la defeccion, la que, segun su táctica, ocupaba todas las avenidas de los soberanos aliados, acababa de penetrarse, que la causa personal de Napoleon estaba perdida; pero todavía le quedaba el recurso de sostener la de la regencia y la de la dinastía imperial. Alejandro le habia oido favorablemente; y el plenipotenciario habia obtenido por lo menos una promesa de proteccion por los últimos intereses, de cuya defensa se hallaba encargado. Supo contener durante doce horas toda la coalicion antinapoleónica, tanto francesa como extranjera; supo ganar de nuevo todo el terreno conquistado por la nacion; en una palabra, habia conseguido poner en duda la cuestion de la antigua dinastía, que el príncipe de Benavento y su partido creian haber ya decidido. Pero antes de pronunciar definitivamente sobre un negocio tan grave y tan complicado, el emperador Alejandro quiso reunir en aquel mismo dia, 3 de abril, las personas

mas condecoradas de Paris, y presidir un gran consejo de familia, donde se propusiesen y discutiesen los intereses de la Francia, tanto con respecto á ella, como con respecto á la Europa. « Es necesario decidir, en esta reunion, dijo el Emperador, qué clase de gobierno conviene á la Francia, capaz de abrazar estos dos objetos. » Principiada la discusion, con el espíritu de moderacion, cuyo ejemplo acababa de dar Alejandro, se continuó con toda libertad, inclinándose la balanza de las opiniones de los extrangeros por la regencia. Pero el general Dessoles, tomando la palabra, y defendiendo con energía y calor la causa de los que, como él, se habian embarcado en el negocio de la restauracion, hizo que la declaracion del 31 de marzo adquiriese todo su imperio. Al subir Alejandro á su habitacion, recibió al duque de Vicencio, y le declaró que *Napoleon debia abdicar*. El duque emprendió su viage para Fontainebleau.

En tanto que estas cosas pasaban en Paris, la Emperatriz regenta establecia su gobierno en Blois, y mandó publicar la proclama siguiente, en la cual ponia los derechos de su



esta especie de buena fortuna participó también con mucho gusto lord Castlereagh. Metternich, á fin de aprovecharse del mal que podia hacer á la Francia, sin ninguna responsabilidad, prolongó la ausencia de su amo y la suya todo el tiempo que le pareció necesario al primer designio de la conquista; porque la coalicion queria dar á su entrada en Paris el carácter de conquista, y sin embargo no habia osado ni pensar en semejante triunfo, á pesar de tener un ejército de quinientos mil soldados. Antes de la llegada de Vitrolles al cuartel general de Blucher solamente lo habia intentado por dos veces, y ambas fue batido por Napoleon.

Si los aliados no se hallaron poco sorprendidos de verse con las armas en la mano en la capital del gran imperio, ésta, á su aspecto, se vió como sumergida en un profundo atollamiento; porque aquel momento destruia de raiz el justo orgullo de veinte y cinco años de gloria. Los Parisienses fueron mas sorprendidos y debian serlo, mas dignos de compasion que los habitantes de Viena, de Berlin, y de Moscú, porque estos no habian tenido que abdicar semejante memoria á la vista de

la desgracia; así es que los aliados no dejaron de alarmarse del silencio profundo que advirtieron á su paso. Este silencio no fue interrumpido hasta el baluarte Italiano, en el cual se dejaron oír algunas voces raras y violentas á favor de la casa de Borbon. El lazo blanco que habia mandado poner Schwartzemberg al ejército aliado en el brazo izquierdo de toda la tropa, pareció una señal imperiosa que daba el vencedor para reunirse alrededor de la familia real. La poblacion criada en el odio de tales colores, no vió mas en ellas que la ley del extranjero, y permaneció muda á la aparicion de esa nueva servidumbre de guerra. Los realistas, por el contrario, animados con lo que ellos consideraban como un llamamiento á su opinion, salieron de repente del incógnito con que se cubria su conspiracion hacia mas de seis meses, y destacaron en los grupos de los ociosos del baluarte de los Italianos, algunas mugeres osadas que pusieron á los hombres escarapelas blancas en los sombreros; empavesaron algunas ventanas con pañuelos, y se oyeron desde los balcones de muchas casas los gritos de vivan los Borbones, vivan nuestros libertadores! Esta palabra de



libertadores se convirtió al instante en mote de los aliados, y en breve se cantó aquello de *Nuestros amigos los enemigos*. Otros realistas mas audaces, como unos veinte armados, vinieron al baluarte de la Magdalena, al encuentro de los aliados; iban vestidos de paisanos, con escarapelas blancas y la bandera de las flores de lys. Los viejos habitantes recordaban el principio de la revolucion; efectivamente era el ensayo de otra y muy verdadera. Algunas señoras, con mucho riesgo de perder la vida, se precipitaron en medio de los caballos para acercarse al emperador Alejandro, las cuales con grandes alaridos pidieron á aquel príncipe el restablecimiento de los Borbones. Entre ellas habia muchas que eran damas de honor de la emperatriz María Luisa, y no fueron las que menos se distinguieron por la viveza de sus instancias; pero Alejandro, todavía mas atónito de la tranquilidad y del aspecto de la ciudad desde la puerta de Bondy hasta el baluarte Italiano, permaneció impasible á la vista de aquella escena extravagante, continuando su camino friamente hasta los Campos Eliseos. Allí hizo desfilar por espacio de tres horas los ejércitos aliados, y en seguida

se fue á pie á eso de las cinco á casa del príncipe de Benevento, la cual habia designado para su cuartel general. Por un sentimiento delicado de consideracion para con el emperador Napoleon, Alejandro se negó constantemente á ocupar el palacio de las Tullerías y el del Eliseo en el que no se instaló hasta despues del tratado del 11 de abril.

Empero, mientras Alejandro se saboreaba con el fruto de sus victorias delante de sus soldados, Nesselrode y el príncipe de Benevento tenian una conferencia secreta, en la cual preparaban el objeto que debia discutirse por la tarde en el consejo de los soberanos, es decir la cuestion del gobierno que debia establecerse en Francia. Por su parte, el príncipe Schwartzemberg tampoco observó la conducta de un enemigo generoso; pues que, prescindiendo de su título de último embajador del Austria cerca de Napoleon, á quien debia su grado de feld-mariscal, solo se acordó de los empeños que habia contraido con la Rusia, en Minsk, en 1812, menospreciando los juramentos militares y la fe de los tratados. Como generalísimo que era, é igual en aquellas circunstancias á los otros dos so-



beranos, por la ausencia del suyo, se apresuró á declarar *que la existencia de Napoleon en Francia era incompatible con el reposo de la Europa, y que durante su vida, debian fijarse á la vuelta de la antigua dinastía.* Esta manifestacion inesperada de las intenciones del Austria, precedió á la apertura del congreso. Alejandro no dió á entender la misma prisa en destruir á Napoleon como el representante de Francisco II, y dijo que podian tomarse tres partidos: « *Hacer la paz con Napoleon, tomando contra él todas las precauciones de seguridad; establecer la regencia, ó llamar á la casa de Borbon.* » Talleyrand (el príncipe de Benevento) votó altamente en favor del último partido, añadiendo: « *Que contaba enteramente con el senado, el cual arrastraria tras sí á Paris, y Paris á la Francia.* » Sin embargo, Alejandro no parecia persuadido, y entonces se propuso admitir á la deliberacion á los individuos de la comision que Talleyrand habia formado en rededor de sí; hallóse pues compuesto el congreso de este modo: de los dos soberanos, del generalísimo, del príncipe de Benevento, del duque de Dalberg, del arzobispo de Malines y del baron

Luis. Alejandro proclamó que ni él ni sus aliados reconocian mas enemigos que el emperador Napoleon, *y todo enemigo de la libertad de los Franceses.* En seguida rogó á los nuevos llegados que diesen su parecer; uno de ellos afirmó que *toda la Francia era realista*, y que, por otra parte, el ejemplo de Paris seria decisivo. El emperador Alejandro, sin saber por qué, tomó entonces el parecer del rey de Prusia y del generalísimo, á quienes esta cuestion era enteramente desconocida, y, de acuerdo con ellos, declaró aquel príncipe *que ya no trataria con el emperador Napoleon ni con ningun individuo de su familia.* Los votantes franceses obtuvieron facilmente el permiso de publicar esa declaracion, de la cual los impresores Michaud, presentes, por casualidad ó de intento, en una sala inmediata, cubrieron en dos horas todas las esquinas de la capital. En 1816 escribió un publicista, que se ha hecho célebre, y que era uno de los que componian aquel consejo, lo siguiente: *En todo negocio hay un punto decisivo, y allí estaba.... No hay que cansarse, la restauracion salió de aquel consejo.* Véase como se consultó la nacion, y de que modo